

C
CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA

CAPÍTULO oriental 4

la historia de la literatura uruguaya

**LA COLONIA
Y LA PATRIA VIEJA:
ACTORES Y TESTIGOS**



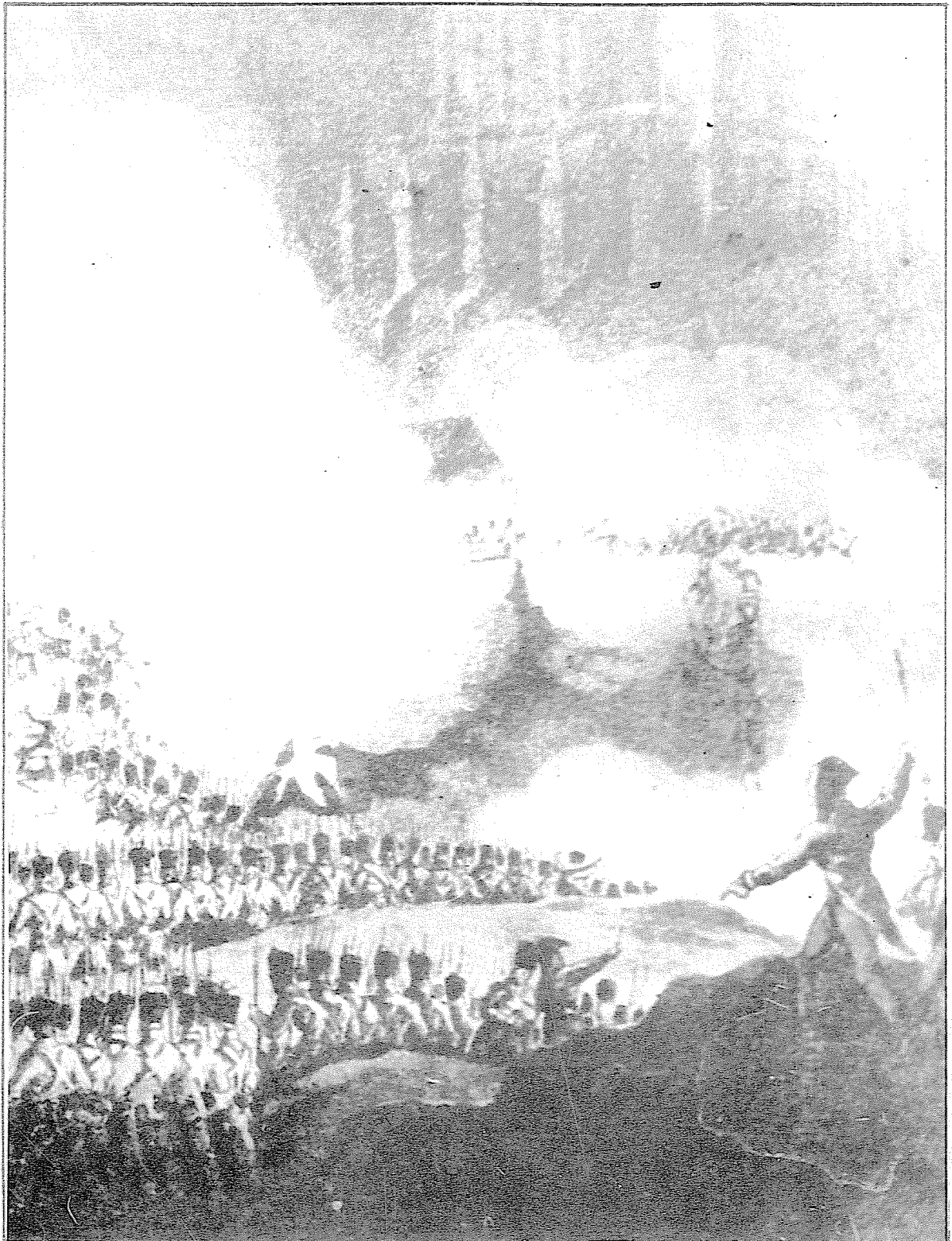
Y QUONO TE LAS PRENDIA

Este fascículo ha sido preparado por el Dr. Carlos Maggi y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPÍTULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector pedirá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, recortando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

4. La Colonia y la Patria Vieja: actores y testigos

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental"



Desembarco de tropas inglesas en el puerto del Buceo. (Grabado de época).

LA COLONIA Y LA PATRIA VIEJA: ACTORES Y TESTIGOS

EL PRINCIPIO DE NUESTRA HISTORIA

Hacia el siglo diecinueve, lo que actualmente abarca la República Oriental del Uruguay era todavía un territorio casi desierto y bárbaro: una subcolonia lateral a Buenos Aires, cuya única riqueza consistía en el ganado que se reproducía libremente en estos campos y que, sin mayor cuidado, se mataba de modo desordenado e irracional, para aprovechar el cuero. Nada en las *vaquerías del mar* o en la Banda Oriental —como se llamara a esta orilla del Plata— había alcanzado el esplendor o el refinamiento virreinal que conocieron México, Lima y aun Buenos Aires, Charcas o Córdoba. Esto era pobre y desmantelado; un territorio de indios bravos, una frontera barrida por las incursiones portuguesas; los escasos pueblos se diseminaban en el desamparo, poco poblados, primitivos y faltos del instrumental imprescindible. La vida era asombrosamente rústica. Hacia muy poco que Montevideo, la principal ciudad, había superado su condición de simple fuerte de avanzada; empezaba a trabajar intensamente como puerto comercial y sus escasos catorce mil habitantes encontraban nuevos quehaceres en el tráfico de las mercaderías que cruzaban el río, llegaban desde más allá del océano o partían a Europa.

En un medio que se acerca a los tiempos de la independencia en grado tan deficitario desde el punto de vista material y cultural, sería vano intentar la historia de algo que en el sentido usual de la palabra no existía: literatura propiamente dicha.

Pero sucede que a partir de 1810 los acontecimientos se precipitan en esta parte del mundo y en un momento, se diría que en una fecha que puede determinarse con precisión —el 10 de octubre de 1811— se hace presente, en los hechos, la conciencia colectiva de los orientales. Ese día, en una Asamblea formal, nace una comunidad, cuando los paisanos de esta campaña deciden emigrar en masa, dejar sus casas, sus campos y ganados —todo lo que fuera bienes—, y con lo puesto y lo que pudiera caber en las carretas, carros y carruajes disponibles, marchar con sus familias hasta el litoral oeste para instalarse del otro lado del río Uruguay, sobre su orilla derecha. Este movimiento dramático, que se lleva a cabo para escapar de manos del enemigo a quien se franqueara la ocupación, fue llamado La Derrota o La Redota por los paisanos que integraron la caravana y la historia lo recogió como el Exodo del Pueblo Oriental. A partir de entonces, esta comunidad tuvo problemas propios que requerían soluciones

propias y, aun cuando toda historia tiene una historia anterior que la puede explicar y justificar, lo cierto es que pocas veces se produce tan rotundamente un cambio radical, una forma exterior que aglutina y define por sí largos procesos que venían preparándose y que de pronto se manifiestan, hechos un haz, en determinado acontecimiento exterior; en nuestro caso: una derrota total, la necesidad de abandonarlo todo, la pérdida física de la comarca en la cual se vivía.

LITERATURA Y REVOLUCION

Este país tiene pues un período colonial particularmente menesteroso y una brusca aparición de su personalidad, que se condensa de pronto. A propósito de un proceso histórico tan particular, el sentido tradicional que se da a la expresión literatura, ha despistado casi sin excepción a los estudiosos del tema y en consecuencia, prácticamente, todo lo escrito sobre el primer período de nuestras letras se refiere a "obras literarias" que son convencionales y endebles —casi siempre olvidables en sí mismas—, y deja de lado valiosas páginas que se escribieran a fines del siglo XVIII y principios del XIX que no presentan las características exteriores de la poesía, la narración, el teatro, o los demás géneros descritos en los manuales. Pero la función del crítico consiste en descubrir los verdaderos valores allí donde estén, se encuentren donde se encuentren, ordenarlos y ponerlos de manifiesto; y en nuestro caso sucede que, por lo regular, hay más y mejor literatura, literatura más aprovechable, en los escritos políticos, históricos y científicos de la época, que en las páginas de querida y no lograda creación lírica o narrativa. Corresponde, pues, revisar los juicios tradicionales.

Sin perjuicio de las referencias que el lector encontrará más adelante a las obras propiamente literarias, en este capítulo que inicia la historia de la literatura nacional estudiaremos varios escritos de muy diverso carácter que aunque no son obras de ficción, dicen lo suyo con eficacia y se sirven de la palabra para lograr efectos que a veces trascienden los límites que a sí mismos se fijan.

Para componer el libro que acompaña este capítulo, se han seleccionado autores nacidos en nuestro territorio —caso de Pérez Castellano y de Larrañaga, ambos de Montevideo—, pero también aparecen varios españoles y, en un caso, un viajero escocés que escribe en lengua inglesa. El ensayo, las memorias, cartas y apuntes y aun los escritos administrativos o políticos, están siempre rodeando la pura

Gaucha oriental. Grabado anónimo





Español de Montevideo. Dom Pernetty

Gaucha oriental. Grabado anónimo



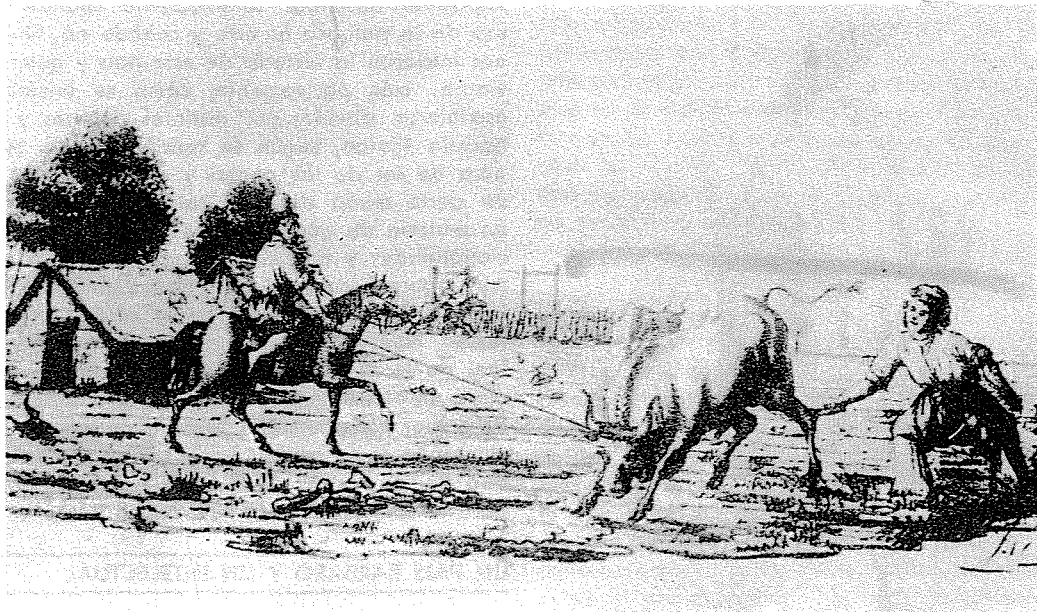
literatura y participando de ella, porque es imposible deslindar tajantemente cuándo el uso de la palabra es arte y cuándo no. Quienes iniciaron la historia de este país y quienes vieron, más pasivamente, cómo se iniciaba, escribieron movidos por distintas razones y al hacerlo fijaron, según su sensibilidad, la manera de ser de las gentes y de los objetos y un cierto modo de decir tales realidades. Ni en materia de géneros, ni en materia de nacionalidades y aun de lenguas, se puede ser muy riguroso cuando todo está empezando a hacerse, en medio de la mayor miseria y confusión. Nuestra medida ha sido el interés actual de lo escrito y también la intrínseca eficacia en el empleo del lenguaje, su capacidad de actuar literariamente sobre el lector. Se ha manejado como criterio selectivo, la funcionalidad de los textos, su valor de uso y de goce para la comunidad a la cual más interesan.

UN PAIS BARBARO Y UN INTELECTUAL

Durante el invierno de 1815, en los primeros días de junio, un intelectual nacido y criado en Montevideo cruza el país en un carruaje tirado por mulas y a lo largo de dos semanas de marcha ininterrumpida, llega a Paysandú, un pueblo de indios, cuya población total no pasa de veinticinco vecinos. En ese momento Paysandú era, sin embargo, la capital de un extraño país en vías de formación, cuyo inmenso territorio abarcaba el Uruguay actual, las Misiones Orientales —que son parte del Brasil— y las provincias argentinas de Entre Ríos, Santa Fe, Córdoba, Corrientes y Misiones.

El escritor que viaja para entrevistarse con el jefe de la Liga de los Pueblos Libres, es un hombre de poco más de cuarenta años y su nombre, Dámaso Antonio Larrañaga. Bajo la forma de un diario, Larrañaga compone una excelente narración con el material de su travesía y así describe un país casi salvaje y extraño, que a primera vista parece tener muy remota relación con el Uruguay. Pero son muchas y muy precisas sus observaciones sobre las plantas y las piedras, los animales domésticos y los animales salvajes, la gente común y su modo de vivir, y el tiempo transcurrido desde que eso fue escrito hasta ahora es demasiado breve: poco más de un siglo y medio. Después de la primera sorpresa, se reconoce nuestro pasado inmediato.

Traza también Larrañaga tres espléndidos retratos: el joven oficial revolucionario, el guerrillero que acaba de afirmar el poder del Protector ganando la batalla de Guayabo: Frutos Rivera, de veinte y pocos años. El joven pálido y romántico, también veinteañero, que sirve a su tío como secretario y marca los es-



Desjarretando. Litografía de Albérico Isola.

"LITERATURA"

¡Mayo! ¡mes de feliz auspicio para la América! tú en el Antiguo Continente formas una parte principal de la florida Primavera y en este otro, del fructífero Otoño; allá Flora se viste y adorna su cabeza con graciosas guirnaldas de hermosas y fragantes flores y acá Ceres ciñe sus sienes con pámpanos, racimos y espigas de sazonados frutos. ¡Mayo! mes por lo regular sereno y placentero, en que Eolo tiene aun encadenados los vientos en horrisona y cavernosa boca, cuyo aliento enfurece las olas, sumerge las naves, arranca los árboles y oscurece el firmamento; en que Júpiter entretenido con las delicias de Flora y de Ceres y embriagado con el mágico néctar que Baco acaba de exprimir de su abundante vendimia, suspende el rayo y el trueno con que hiere y aturde a estos misereros mortales. ¡Mayo! mes en que bajo un clima benigno y un cielo alegre, Febo no nos sofoca con sus ardientes rayos, y cubriéndose los campos con un agradable verdor, nos convida a todos a participar de sus inocentes recreos.

LITERATURA

Nuestras sesiones duraron hasta la hora de la cena. Esta fue correspondiente al tren y boato de nuestro General: un poco de asado de vaca, caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza, por falta de vasos de vidrio; cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía; dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados. Por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie. Véase aquí en qué consistió el servicio de nuestra mesa, cubierta de unos manteles de algodón de Misiones, pero sin servilletas y aun, según supe, mucho de esto era prestado. Acabada la cena nos fuimos a dormir y me cede el General, no sólo su catre de cuero, sino también su cuarto; y se retiró a un rancho. No oyó mis excusas, desatendió mi resistencia y no hubo forma de hacerlo ceder en este punto. Yo, como no estaba aun bien acostumbrado al espartanismo, no obstante el que ya habíamos ensayado un poco en el viaje, hice tender mi colchón y descansamos bastante bien.

Estos son dos ejemplos tomados del mismo autor, Dámaso Antonio Larrañaga.— Permiten comparar, por un lado, los vicios y vaciedades del mal estilo de la época y, en contraposición, la capacidad de manejar el idioma con auténticos fines literarios, creadores. La larga tirada sobre el mes de mayo, con la cual se inicia la Oración Inaugural dicha en ocasión de abrir sus puertas a la Biblioteca Nacional, acumula frases sin decir nada que el lector no sepa (cuando aquí es otoño, en Europa es primavera). En cambio la escena de la comida en la casa de gobierno es un modelo de prosa ceñida; se llega a saber mucho leyendo poco, se recibe un efecto que es mayor que la simple suma de los datos transmitidos; el lector "vive" la situación y a través de ella puede conocer cómo era Artigas y cómo Larrañaga, en una zona importante de sus personalidades. Bastan las últimas cuatro líneas de este rápido apunte para descubrir: que el autor no estaba acostumbrado al "espartanismo"; que algo de semejante rigor ya había probado durante el viaje; que viajaba llevando su propio colchón; que lo puso sobre el catre de Artigas y que, pese a eso, sólo pudo dormir "bastante" bien y no bien del todo.



Dama española de Montevideo. Dom Pernetty

critos oficiales con el estilo apasionado y tragedizante que corresponde a su temperamento y a su edad: Miguel Barreiro. Y retrata por fin, como nadie lo ha hecho, al propio Jefe de los Orientales y de la Liga Federal, José Artigas, a quien coloca en el centro del "tren y boato" que se usaba en su casa de gobierno, donde la austeridad alcanzaba extremos realmente increíbles.

ESTRUCTURA Y ESTILO

El viaje de Montevideo a Paysandú es una de esas obras que logra ser buena literatura sin proponérselo. La intención del autor es claramente documental, pero la precisión y rapidez del estilo, la selección de los temas incidentales y una casual pero envidiable estructura, dan a estas páginas la fuerza de un relato compuesto, capaz de integrar, legítimamente, la historia de nuestra narrativa.

La prosa de Larrañaga, en su fluir, cumple con casi todas las exigencias de claridad, funcionalidad, concisión y efecto que luego articulara Horacio Quiroga en su *Decálogo del cuentista*. Es la prosa de un gran periodista que informa directa y escuetamente sobre cosas y hechos, pero es además la obra de un narrador.

Queriéndolo o no, Larrañaga hace crecer, con mesurada progresión, una vivencia, hasta culminarla en el momento final: el encuentro con Artigas.

El relato, instrumentado con objetos y modos de hacer que resultan atractivos por su primitivismo, se hace entretenido línea a línea, pero impone al lector sensible un grupo de sensaciones de trasfondo, cuyo efecto, tenuemente doloroso, se va sumando: la soledad, el desamparo, la falta de medios, la visión de un territorio y su raleada población agobiados por la pobreza y la guerra. La carencia de los objetos más comunes es casi obsesiva y va sumándose y componiéndose como un gran friso que dice lo que es un país apenas colonizado; la penuria de las cucharas se instrumenta con las hazañas para cruzar un río de poco caudal o los mil usos desesperados que debe darse al cuero, para "remediarse". Sobrevivir, cobijarse y comer carne resulta fácil, pero ¡qué modo de sufrir privaciones, trabajos y riesgos!

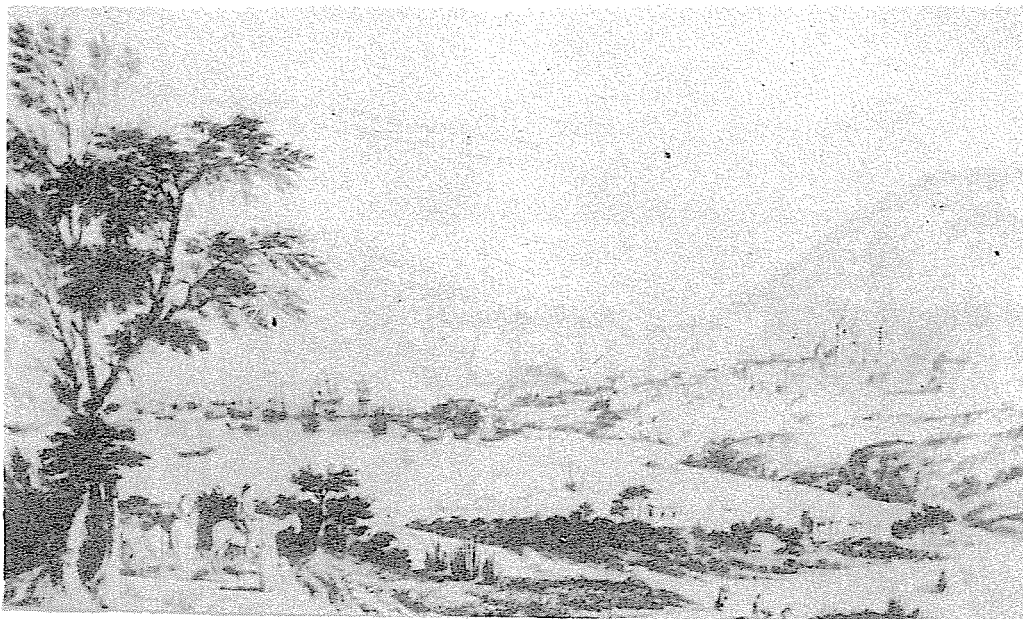
Todo está por hacerse o está mal hecho, o hecho insuficientemente; todo resulta amenazante. No hay defensas adecuadas a tanta hostilidad; los animales son peligrosos, los hombres pueden atacar, la propia extensión desierta es agresiva para quien se interna y se encuentra rodeado por ella y sin herramientas para nada. Todas estas sensaciones, inquietantes y conmovedoras, se van proporcio-

nando con sordina y su percepción queda a cargo de la propia deducción o asociación o sorpresa del lector. Larrañaga, con la permanente distancia de un clásico, se preocupa de hacer saber, de modo inevitable, cómo son las cosas y qué pasa. Pero sucede que el informante del lector, si bien procura y logra ser imparcial y objetivo, no puede desmentir su propia condición, que actúa sin que él se lo proponga como un permanente punto de referencia; y Larrañaga es un habitante de ciudad, es un estudioso, un lector y asiduo concurrente a tertulias literarias, un sacerdote de la capital, un empleado público en Buenos Aires, un hombre de temperamento conciliador y pacífico, gustador de los refinamientos de la cultura y del buen vivir; Larrañaga es un cura más bien obeso, que pasó muchas horas leyendo y cuya sensibilidad rechaza la violencia y más en general toda acción física extremada y toda penuria. Por supuesto, es alguien que vivió en ese Montevideo de fines del siglo XVIII que era algo muy diferente a una ciudad europea, populosa, tranquila y civilizada. Pero aun así, entre la sede de esta gobernación colonial y una salida a campo abierto, en pleno invierno y durante una revolución devastadora que venía durando ya más de cuatro años, hay una diferencia abismal, y sobre todo para un sacerdote de la época. El pudor, un cierto orgullo viril, el ejemplo sufrido de los demás, impone a Larrañaga el secreto esfuerzo de disimular sus padecimientos y contar como si nada pasara; y es justamente de esta impostación que nace el efecto literario del relato. En cuanto al estilo, dice más de lo que está diciendo. Porque al descubrir la precisión con que este "apuntador objetivo" cuenta, una a una, las comidas que hicieron y de qué platos estaban compuestas, se descubre —patéticamente— lo que habrá sufrido cada vez que no comió o comió mal o poco o cosas indigestas, que apenas probaba para no enfermarse. Hay una atención dedicada a apuntar sobre qué durmió cada vez, que hace sentir cómo habría de dolerle el cuerpo al otro día.

Después de una noche en la cual pudieron ser atacados por los tigres, se aclara que los compañeros eran muchos y que iban armados y que el trayecto fue corto, y todo esto se explica con un alivio presumiblemente mayor que el que sobriamente se confiesa. La ronda de los perros rabiosos —que es como un ritornello que acompaña toda la marcha— y los torpes remedios que él mismo aconseja contra la hidrofobia a quienes viven sometidos día a día a ese riesgo, son efectos literarios tan modernos y tan eficaces que pueden emparentarse con las apoyaturas sobre las cuales el norteamericano Hemingway basó su prosa di-

Félix de Azara.





Vista de Montevideo desde la Aguada.

MONTEVIDEO, LA EDAD DEL CRECIMIENTO

"A principios del siglo, Montevideo tenía hospital para los enfermos pobres; una escuela gratuita costeadada por individuos del pueblo y enseñanza de primeras letras dadas por los conventuales de San Francisco; contaba con una casa de comedias; había completado la nomenclatura de sus calles, instalado el servicio de alumbrado en las calles principales y preocupábase su Cabildo, por iniciativa del gobernador Bustamante y Guerra, de la higiene pública, del empedrado,

de cercos y calzadas, del suministro de aguas potables, de lavadero público, de la limpieza y conservación del puerto, de auxilios al hospital, de construcción de alcantarillas, calzadas y puentes en algunos pasos del Miguelete y en el Paso del Molino, Arroyo Seco, etc., destinando a limpieza pública y vialidad \$ 47.600, a tomar del remate de abastos de carnes en los años 5 y 6".

CARLOS M. DE PENA.



Estancia de San Pedro. Acuarela de Emeric Vidal. Col. Assunção

COMO CONOC

Estaba en manos de una partida artiguista. El comandante de la Bajada (hoy Paraná) había ordenado el seguimiento del barco al saber que llevaba municiones y armas para el Dr. Francia. Duros momentos esperaban al escocés. Fue maniatado, asegurado con sogas a una argolla del puente y sufrió toda clase de vejámenes. La soldadesca desmandada se apoderó de su equipaje. Hubo repartija del guardarropa y borrachera con los buenos vinos escondidos en el barco. Al día siguiente, LA INGLESITA desandaba camino con su capitán prisionero. Robertson llevaba entre sus enseres una flauta. Descubierta por un soldado, pidieron al dueño que les hiciera oír alguna pieza. "Tocá la flauta" le dijo en tono suave el sargento artiguista. Robertson se excusó. "Tocá la flauta" insistió aquél en tono más imperativo. Como

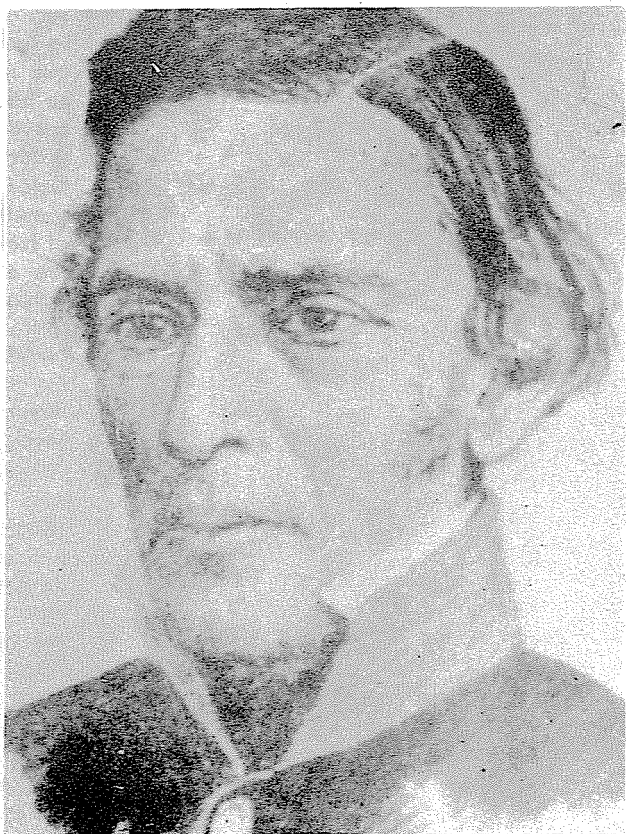
no obtuviera resultado, echó mano a la espada y repitió las palabras en tal forma, que Robertson sentóse a popa, resignado, y empezó el repertorio. Un rato más tarde, la soldadesca regocijada bailaba grotescos danzones al son del instrumento... Desde aquel instante su vida en el barco mejoró... En la Bajada fue entregado el prisionero y los papeles encontrados. Roberson, en medio de su desventura, tuvo la suerte de hablar allí con un antiguo servidor a quien pidió que "volara" a Buenos Aires con la noticia de su prisión. En un calabozo infecto, mezclado con delincuentes, sufrió nuevas penalidades y afrentas, hasta que un oficio conminatorio del capitán Percy decidió su libertad y le fueron devueltos algunos objetos personales. LA INGLESITA siguió a su destino (Asunción), pero el escocés prefirió volver solo a Buenos



Artigas. Carbón de J. M. Blanes. Museo Histórico Nacional.

ROBERTSON A LOS ARTIGUISTAS

Aires. Esperaba obtener alguna reparación del Protector Artigas. Con una carta que le fue dada para él, remontó el Uruguay hasta El Hervidero, donde el caudillo tenía su campamento. El ambiente de aquella población era rudo y bravío: ranchos de paja, tiendas de cueros, soldadesca y oficialidad sin mayor jerarquía ni disciplina. Contra lo que esperaba, el Protector le recibió afable, con maneras "relativamente caballerescas que revelaban buena crianza" y se conholió del tratamiento sufrido por su huésped en la Bajada. Lo invitó a sentarse sobre un catre rústico. Estaba en un rancho más grande que los demás y los oficiales tenían como asientos cabezas de vaca. (J. L. Busaniche). El relato de Robertson sobre su entrevista con Artigas se incluye en EL PAIS DE LOS ORIENTALES bajo el título de LOS GUERRILLEROS DE ARTIGAS Y LA CASA DE GOBIERNO DEL PROTECTOR.





La media caña. Litografía de
Carlos E. Pellegrini. (Fragmento).

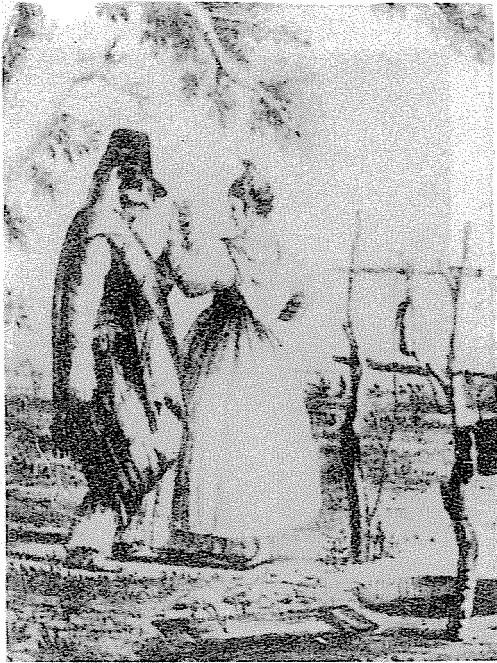
recta y viril: la fuerza interior para sentir miedo sin acobardarse, el espíritu dominando el dolor para sufrir con recato. Por supuesto, en la narración de Larrañaga no hay el menor alarde de estas virtudes. El autor se propone contar sin dar paso a sus aprensiones y a sus padecimientos, y nada más; pero la retención de tales confesiones, crea literatura: es un efecto. Permanentemente, el lector está atento a lo que el autor no dice.

El relato interesa por lo que cuenta; pero emociona por lo que deja de contar y se advina palmariamente.

Las penurias, a lo largo del trayecto, son crecientes a medida que el narrador se aleja de Montevideo, pero al fin llega a la capital de la Gran Liga Federal donde está el Protector de los Pueblos Libres; es el alivio, la vuelta a la civilización; pero se sabe entonces que la ciudad de Paysandú es un caserío de veinticinco vecinos, y que el modo de vida de Artigas es de tal dureza, que ofreciéndole todo lo suyo, incluso la cama y lo mejor que pudo conseguir prestado, los viajeros se ven peor atendidos que a lo largo de las postas y los ranchos en los cuales pidieron posada.

El efecto es como un mazazo y, aunque históricamente veraz, del más puro cuño literario. Se "vive" la austeridad, el espíritu rabiosamente sacrificado de la revolución oriental; se palpa la fuerza de esa desesperación con una verdad que ningún otro texto ha podido transmitir. No se han escrito hasta el presente obras científicas o de ficción capaces de exaltar hasta ese grado uno de los más altos valores de la revolución de este país: la miseria material a que se sometieron voluntariamente sus jefes. Puestos al frente de un pueblo en harapos, se impusieron el mismo rigor a sí mismos. Los orientales habían nacido como nación con la pérdida de todo, sometidos a la invasión extranjera, debiendo emigrar en masa, en plena derrota, y eso los marcó. Esta diferencia esencial con Buenos Aires, no se toma en cuenta muchas veces.

Pero la pobreza que muestra Larrañaga —y esto también actúa como efecto literario— no corresponde al momento del Exodo, cuando todo se había perdido; corresponde al apogeo de Artigas. Nunca el Jefe de los Orientales fue más poderoso ni pudo ser más rico que en ese año 1815, cuando primaba sobre Buenos Aires. El Viaje a Paysandú viene a resultar, pues, la obra que mejor ha cumplido con la realidad del momento; hace vivir los valores del gran acontecimiento político y social dominante, explica en un solo golpe el por qué de esa lucha y el modo de sentir y de pensar de quienes la llevaron a cabo. Enseña, sin descripciones, qué eran los orientales, y hasta dón-



Bailando la media caña. (Fragmento).

de se sometían a su ética del rigor. Con un lenguaje actual esta narración, bajo la forma de un gran reportaje, constituye la obra más comprometida de su época.

OTROS ACTORES O TESTIGOS

AZARA

Voluminosa es la obra de Félix de Azara, así como aventurera y múltiple fue su vida. Era considerado uno de los hombres más ilustrados de la España de su tiempo y, hacia el ocaso del imperio, dedicó muchos años al estudio de esta parte de América y a la defensa de los intereses de su país.

En lo que se refiere concretamente a la historia del Uruguay, su gravitación fecunda sobre el pensamiento de Artigas es evidente. Juntos trabajaron a lo largo de la confusa e inestable frontera norte, disputada a los portugueses, fundando pueblos que contuvieran su penetración. La **Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata** que Azara compusiera a principios del siglo, refiere directamente a nuestro país y está fechada el 9 de mayo de 1801, en Batoví (Batoví de Azara); allí compartió los trabajos y los ocios de muchos y muchos días, con su ayudante y baqueano, don José Artigas: allí se hicieron convicción en el posterior caudillo de los orientales las que luego serían bases doctrinarias de la revolución.

Olivera en casa de Morales. Grabado de época.



Es claro que, en rigor, no corresponde considerar a Azara un escritor de este país, pero es sin duda alguna uno de sus testigos más calificados y una de las personalidades que más influyera en las orientaciones de su revolución particular.

Las ideas de Azara sobre la tenencia de la tierra y las obligaciones y derechos a ella vinculados, su sensibilidad para entender y valorar a los indios de estas comarcas, habrán de ser referencias señeras en el posterior movimiento artiguista.

El interés que tiene para nosotros lo que escribió Azara sobre esta parte del mundo y sus habitantes, y la excelente calidad de su prosa, determinaron la inclusión de dos fragmentos en la selección titulada **El país de los orientales**.

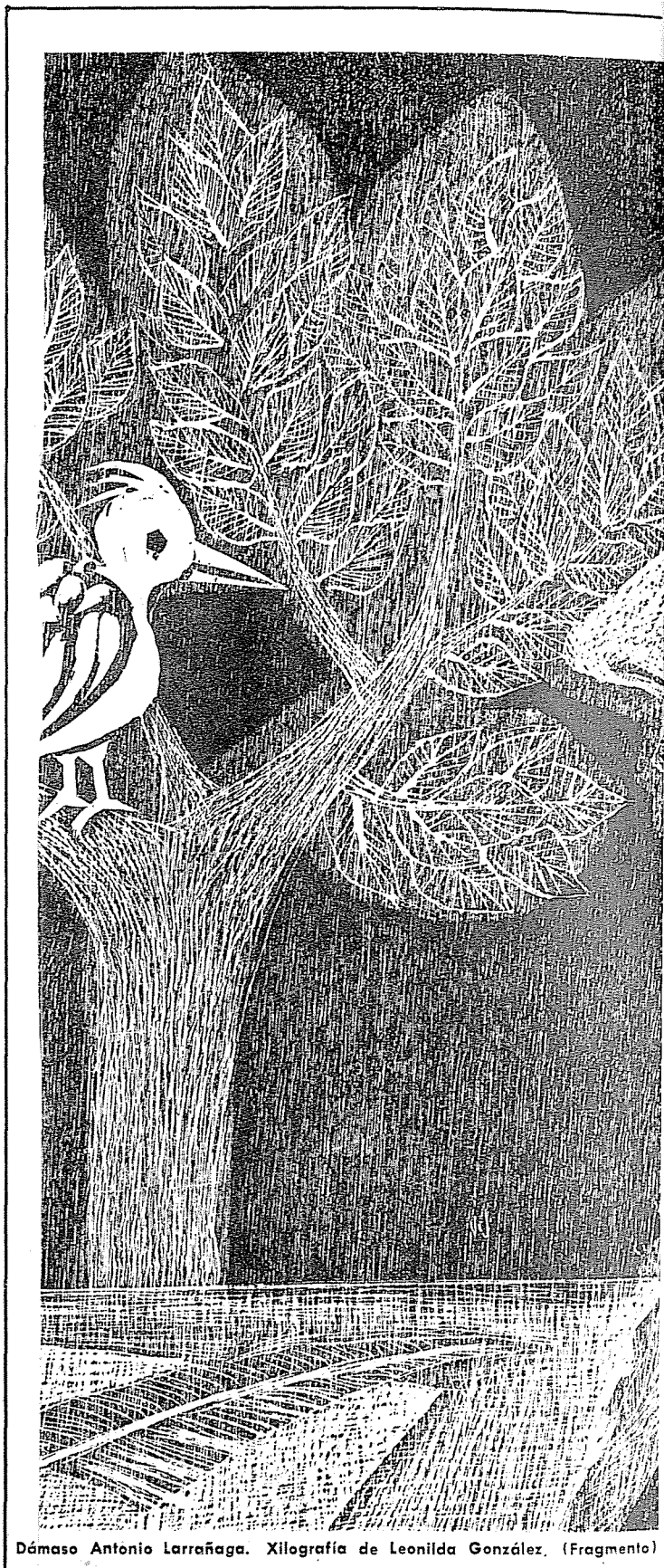
ROBERTSON

Testigo de muy diferente espíritu es el escocés Juan Parish Robertson; un joven audaz y de discreta cultura que llega al Río de la Plata animado por el mero afán de ganar dinero, que en él se acompaña del romántico impulso de vivir aventuras en este medio semisalvaje.

Las **Cartas de Sudamérica**, que escribiera en colaboración con su hermano Guillermo, son un documento riquísimo en información y un excelente ejemplo de relatos de viaje; constituye, además, un punto de referencia ineludible para conocer la magnitud de la rusticidad en medio de la cual se inicia la historia de nuestra literatura.

Las fiestas de Montevideo en 1816.

De autor anónimo —salvo un pasaje versificado que firma Manuel de Araújo— esta publicación oficial es de ínfimo valor literario, y está plagada de los malos ejemplos de época, en especial sus **Décimas** y otras composiciones rimadas. Pero aun así, esta versión de los festejos, dentro de su estilo casi administrativo, es capaz de transmitir, en buena medida, el asombro que vivía entonces Montevideo, el shock que su sensibilidad colonial experimentó ante la irrupción de símbolos y desplantes que seguramente fueron vistos como explosivamente jacobinos (banderas de Francia y Norte América y toda clase de emblemas tricolores —no por mera casualidad azul, rojo y blanco son los colores de la provincia y de la Revolución francesa—, pirámides con inscripciones agresivas que se coronaban con "el gorro de la libertad"). Hay también índices precisos de la adhesión que procuraba darse a lo latinoamericano. Por supuesto, en estos actos públicos, todo en definitiva resulta muy ingenuo y no pasa de aldeano, pero la referencia a "nuestros her-



Dámaso Antonio Larrañaga. Xilografía de Leonilda González. (Fragmento)



DATOS BIOGRAFICOS

DAMASO ANTONIO LARRAÑAGA: Nace en Montevideo el 9 de diciembre de 1771, muere en esta ciudad el 16 de febrero de 1848. Estudia en Buenos Aires y Córdoba y se ordena sacerdote en Río de Janeiro el 22 de diciembre de 1793. Desarrolla, sin vocación, alguna actividad política y es uno de los delegados orientales ante la Asamblea de 1813, en Buenos Aires. Estudia las ciencias naturales y observa la naturaleza de su país, los minerales, las plantas, los animales. Es un bien dotado escritor que alterna el estilo de la época, un tanto adocenado (el discurso en la inauguración de la Biblioteca Nacional, sus *Fábulas Americanas*) con el apunte rápido y certero sobre cosas y gentes; en esta línea, su *VIAJE DE MONTEVIDEO A PAYSANDU* posee indiscutibles valores.

JOSE MANUEL PEREZ CASTELLANO: Nace en Montevideo el 19 de marzo de 1743, muere en esta ciudad el 4 de setiembre de 1815. Estudia en Buenos Aires y se ordena sacerdote. Escribe un grueso libro, *OBSERVACIONES SOBRE AGRICULTURA*, según aclara en su portada: "con aplicación al clima y calidad de los terrenos del Miguelete e inmediaciones de Montevideo, según la práctica de más de cuarenta años en que cultivó una quinta sobre el mencionado arroyo".

De su talento y sabiduría en el manejo de la prosa castellana, es buen ejemplo la carta a su profesor de latín, Benito Riva, que se incluye en la selección *EL PAIS DE LOS ORIENTALES*.

FELIX DE AZARA: Nace en Barbuñales (España) el 18 de mayo de 1746, muere en Aragón el año de 1811. En 1781 es enviado a América para atender la demarcación de límites entre España y Portugal en función del tratado de San Ildefonso. Militar, naturalista, escritor, geógrafo, historiador, se destacan entre sus obras: *APUNTAMIENTOS PARA LA HISTORIA NATURAL DE LOS CUADRUPEDES DEL PARAGUAY Y DEL RIO DE LA PLATA* (1802); *APUNTAMIENTOS PARA LA HISTORIA NATURAL DE LOS PAJAROS DEL PARAGUAY Y RIO DE LA PLATA* y, tal vez la más valiosa, *VIAJE A LA AMERICA MERIDIONAL DESDE 1781 HASTA 1801*.

JUAN PARISH ROBERTSON: Nace en Edimburgo (Escocia) en 1792, muere en 1843. Aventurero, comerciante y escritor de éxito junto con su hermano Guillermo. Viajó al Río de la Plata, en busca de fortuna, en 1806 —cuando contaba poco más de catorce años— y desde entonces traficó y documentó sus andanzas por estos territorios hasta el año 1830. Sus *CARTAS SOBRE EL PARAGUAY* y sus *CARTAS DE SUD AMERICA*, escritas en inglés, aparecen en 1838 y 1843 respectivamente.

Guitarrero. Dibujo de Carlos Corsetti.



La campaña oriental hacia fines del siglo XVIII y principios del XIX es una zona ganadera, en la cual los instrumentos de su civilización contemporánea casi no han entrado. Está habitada por más de 20.000 individuos —gauchos, hacendados, indios, mestizos— que hacen una vida entre salvaje y pastoril.

Las vacas, el cuero, informan la vida de esta sociedad que vive en función del ganado vacuno cimarrón o poco amansado; estancias primitivas y pulperías de reja se diseminan, muy separadas unas de otras; algunas poblaciones —unas pocas que no pasaban de 3.500 habitantes, en general con menos de 1.000— se agrupaban en torno a las capillas, los fuertes militares o los puertos.

Los indios no han sido reducidos; los gauchos —peones o capataces de estancia, matreros o solitarios— viven, de una u otra manera, como aislados, sin conocer autoridades ni decisiones.

No hay más vía de comunicación que el campo abierto al caballo o a las carretas. No hay alambrados, ni puentes, ni publicaciones, ni lectores. Cuando la revolución despunta, los paisanos están en estado de inocencia, dispuestos, cuando mucho, a defender lo suyo, lo que se siente y se ve —la libertad personal, el caballo, el patrón— y las demás cosas y teorías del mundo no las odian, no las aman ni las desprecian: no saben que existen.

LA CAMPAÑA EN ESTADO DE GRACIA

C. M.

manos los confederados de Venezuela" y el hecho de que los niños que ofrecen en el tablado "una vistosa y bien dirigida danza" estén "vestidos a la indiana" y el hecho de que en el Coliseo la obra de teatro que se eligió para dar esa noche sea **El Siripo, cacique de los timbúes en el Paraná**, son índices que están hablando claramente de un nacionalismo nuevo —luego diluido— que afirma, junto con la personería de la Provincia Oriental, la existencia de una patria grande, hispanoamericana, indoamericana, por oposición a España y Europa. Por otra parte, como elemento de juicio para conocer la sociedad donde se incubaba la literatura uruguaya, esta **Descripción** es un excelente punto de referencia. Permite apreciar el relativo desahogo de Montevideo, sus lujos de clase media, en contraste radical con la realidad miserable de la campaña, donde se movía Artigas y que, casi contemporáneamente, retratan Larrañaga y Robertson.

PEREZ CASTELLANO

La larga carta que José Manuel Pérez Castellano dirige a su profesor de latín, don Benito Riva, contiene una visión general de Montevideo y de los campos y villas del sur de la Banda Oriental hacia fines del siglo XVIII.

Su estilo se aplanan, por momentos, hasta reducir el nivel del trabajo a un mero apunte de datos, pero en otros pasajes, el modo de decir y la capacidad de seleccionar y valorar los diversos elementos, le dan a su escritura valor literario.

La carta en sí misma pues, no es "una obra", pero se puede sacar de su lectura un conocimiento certero de la realidad que describe y el gozo esporádico, pero auténtico, que brinda lo que está bien escrito.

De Montevideo, ciudad de diez mil habitantes en 1787, destaca: "...diré también que hay casas de café, muchos trucos y billares; que los hombres y mujeres viesten ricas telas de seda y lana y que en las iglesias no se ve jamás una persona andrajosa, porque hasta

los mendigos, que no pasarán de veinte, andan vestidos con decencia. Es menester que sea muy pobre o muy abandonado el que en verano use ropa que abrigue en invierno, y son poquísimos los que con ella confunden las estaciones".

En otra parte informa: "Este año murió la última persona que quedaba de los pobladores, cabeza de familia de esta ciudad, que era la vieja Cabrera".

Punto de partida

Incluimos también en **El país de los orientales** cuatro escritos de muy distinta clase. Dos de ellos son mera literatura de expediente, informes administrativos del comandante del apostadero naval español en Montevideo; tales notas permiten conocer el lenguaje escrito que era usual en los trámites burocráticos y contienen una rica información sobre la realidad del país, desde un punto de vista particularmente interesante: el de un militar español que ve desmoronarse el imperio.

Los otros dos escritos, son cartas de simples vecinos, pequeña buena gente, sin especial talento ni preocupación literaria. Informan sobre cómo se hablaba o escribía en el plano privado, familiar; informan, también, sobre la situación y el modo de pensar del momento. Nada tienen que ver estos cuatro escritos con la creación artística, pero es sobre este nivel y estas maneras que vendrán a crear los escritores y éste es el principio de la historia, teóricamente el punto cero.

Es útil empezar por el conocimiento de la realidad básica, a partir de la cual se echó a andar un país nuevo, a la búsqueda de sí mismo. Corresponde a la historia que aquí se inicia, atender a los primeros fenómenos locales, por modestos que ellos sean. Por supuesto, la gran tradición del arte universal influyó sin pausas sobre quienes escriben aquí; pero ese es otro tema y no el nuestro, al despuntar esta historia de la literatura uruguaya.

MONTEVIDEO ANTES DE LA REVOLUCION SEGUN LOS VIAJEROS

PERNETTY - (1763-1767)

"Montevideo es en algún sentido, una colonia nueva. No hace veinte años aquí sólo se veían algunas casucas. Es sin embargo el único lugar un poco cómodo para el atraque de las embarcaciones que entran en el Río de la Plata. Actualmente es una pequeña ciudad que se embellece día a día. Las calles son rectas y lo bastante anchas como para que tres carrozas puedan pasar de frente".

"Hay muchos animales feroces en Montevideo, los tigres sobre todo son muy abundantes y en general son más grandes y más feroces que sus semejantes de los desiertos de Sahara y Biledulgerid".

"No hay jardines cultivados aunque cada casa tenga su terreno. No he visto más que uno bien cuidado, sin duda porque el jardinero era inglés".

"Las mujeres están bien de talle y de cara; pero no podría decirse con verdad que tengan un cutis de lis y de rosa; tienen la tez tostada y frecuentemente le faltan los dientes o no los conservan muy blancos".

"Las mujeres gustan del baile y ensayan el vals de modo exquisito; los tonos del piano o el rasgueo de las guitarras a menudo vibran en el oído del que pasa; pero su educación raramente sobrepasa este nivel superficial; aun se dice que pocas saben escribir antes del matrimonio; en lo que respecta a la lectura, sus libros e inclinaciones son igualmente limitados: el lugar posee sólo una biblioteca con no más de veinte o treinta volúmenes".

CONCOLORCORVO - (1773)

"Tiene una fortaleza que sirve de ciudadela y amenaza ruina por mal construida. Una distancia grande de la playa guarnece una muralla bien ancha de tapín, con gruesos y buenos cañones montados". "El número de vecinos de esta ciudad y su ejido aseguran llega a mil". "Lo más cierto es que los casados no pasarán de trescientos y que el crecido número que calculan se compone de muchos desertores de mar y tierra y algunos polizones que, a título de la abundancia de comestibles, ponen pulperías con muy poco dinero para encubrir sus poltronerías y algunos contrabandos que hoy día, por el sumo celo de los gobernadores actuales de Buenos Aires y Montevideo, no son muy frecuentes".

J. C. DAVIE - (1797)

"Montevideo es el primer puerto seguro de este admirable río; está situado al pie de una montaña cónica de gran altura..."

"Yo estaba decidido a ver de esta ciudad tanto como me fuera posible aunque, Dios lo sabe, fuera de la montaña y el río hay muy poco que excite la curiosidad del viajero. Lo único que ha llamado mi atención ha sido el fuerte: es grande, bien construido y consta de cuatro bastiones en los cuales hay, aparentemente, muy buenos cañones de bronce".

JULIEN MELLET - (1808)

"Cuando el pueblo se enteró de estos acontecimientos (caída de Madrid en poder de tropas francesas, Carlos IV y su familia prisioneros en Francia) cayó sobre nosotros y nos escupió en la cara, prodigándonos los adjetivos más injuriosos. No sé hasta dónde habría llevado su venganza y su furor si el gobernador don Francisco Xavier Elío no se hubiese hecho un deber del prevenir las consecuencias".

Este hombre tan maltratado, escribe sin embargo en su libro: "Es la ciudad más encantadora que he visto, tanto por su agradable posición como por su feliz fecundidad". "Las calles son anchas y bien trazadas. Las casas, construidas con ladrillos y adornadas con azoteas, como en Maldonado, facilitan la comunicación del vecindario y sirven para distraer la vista. Los mercados están provistos de todo lo necesario". "La abundancia reina en esta ciudad, gracias a los dos pueblos que acabo de nombrar (la Aguada y Miguelete): el agua es deliciosa en la Aguada, que es de donde se transporta a Montevideo, aunque esté alejada un cuarto de legua". "El Miguelete, sobre todo, que está rodeado de árboles frutales produce toda especie de frutas, tales como manzanas, peras, damascos, duraznos, naranjas, limones y melones en abundancia, todo de delicioso sabor". "Nada falta en esta ciudad, como no sea la madera, que es tan escasa como en Maldonado". "Las mujeres, en general, son encantadoras, hablan castellano con mucha corrección y gusto, pero lo que influye en sus atractivos es la tendencia irresistible que tiene por toda clase de bebidas y por el tabaco de fumar; han contraído el vicio de tal manera que no lo dejan hasta la tumba".

En *CAPITULO ORIENTAL*

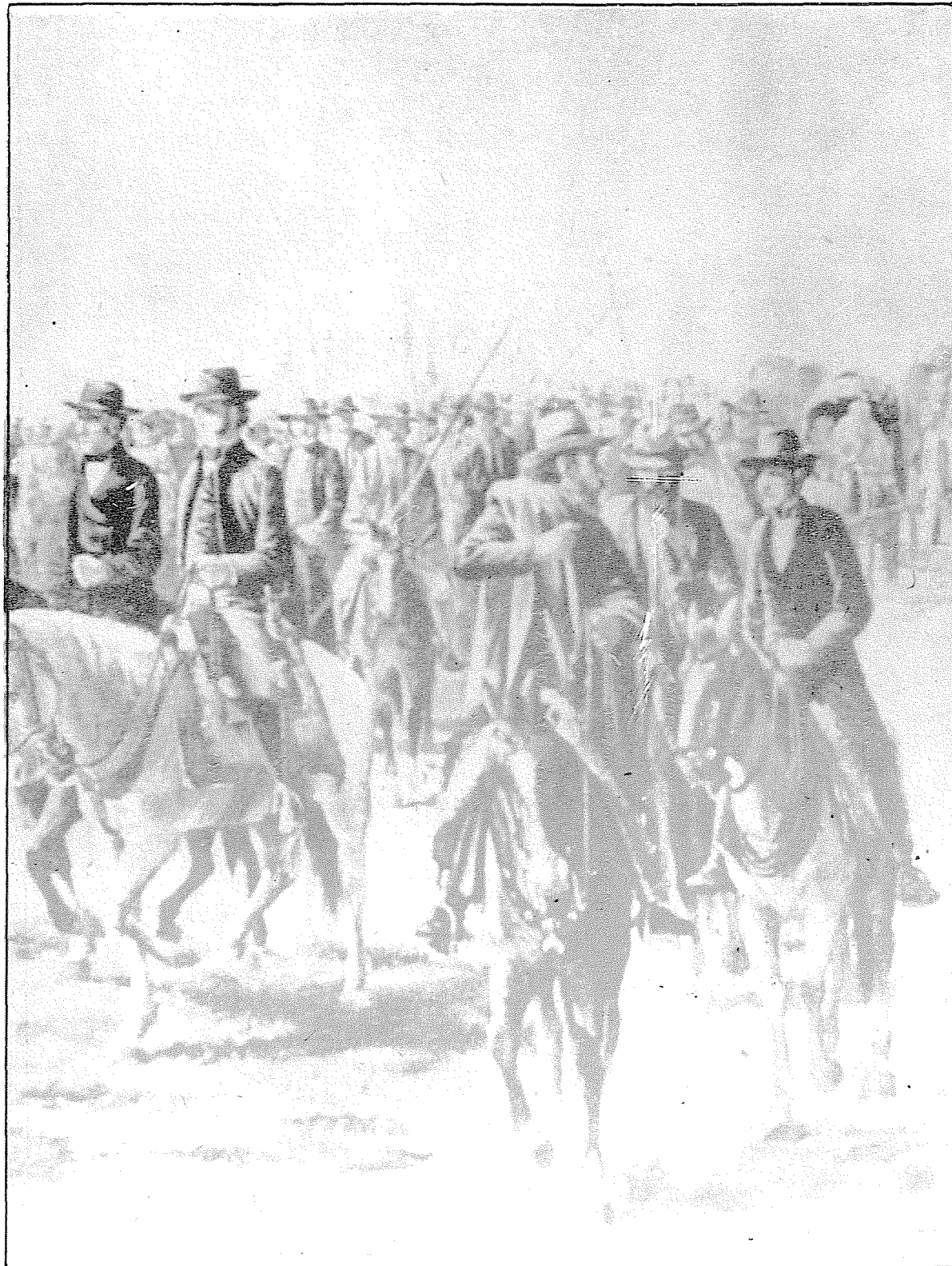
Nº 5:

LOS CLASICISTAS Y LOS ROMANTICOS

y junto con el fascículo, el libro
DE LAS "TORAIDAS" AL "TABARE" — Antología.

Indice

- EXISTENCIA Y VALOR
- EL ESTILO INICIAL
- NEOCLASICOS Y SEUDOCLASICOS
- CARACTERISTICAS DEL ROMANTICISMO URUGUAYO
- INGRESO DEL ROMANTICISMO
- CUATRO GENERACIONES ROMANTICAS

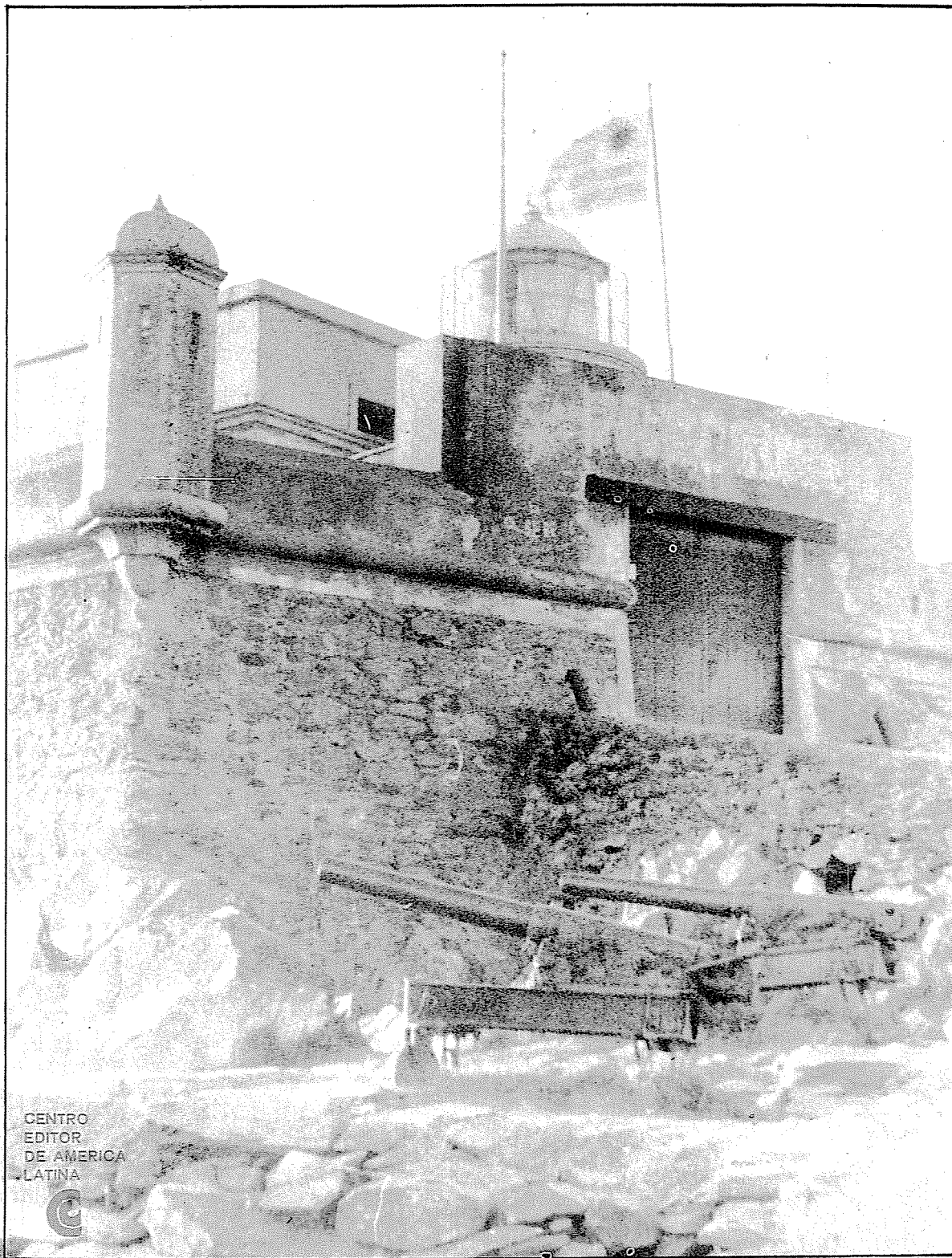


Exodo del Pueblo Oriental. Oleo de Diógenes Héquet. (Fragmento).

Este fascículo, con el libro
EL PAIS DE LOS ORIENTALES (antología)
constituye la entrega N.º 4
de **CAPITULO ORIENTAL**

Precio del
fascículo
más el libro: \$ **100.-**

Copyright. — 1968 Centro Editor de América Latina, Plaza Independencia 1374, Montevideo.
Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en 'Impresora REX S. A.', calle Gaboto 1523, Montevideo, en marzo de 1968.
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.



CENTRO
EDITOR
DE AMERICA
LATINA



Fortaleza del Cerro de Montevideo. (Foto de Mario A. Persichetti)